**La animalidad como ruptura de la utopía en *Nosotros* de Evgueni Zamiatin**

La novela *Nosotros* de Evgueni Zamiatin escrita en 1921 es la primera utopía literaria que cruza la frontera hacia la distopía. Apoyada en la ciencia ficción, esta sátira de la sociedad soviética post-revolución de 1917, que fue censurada en su país de origen y no se publicó en ruso hasta la década del 80, postula el potencial y temible descarrío de los principios comunistas y revolucionarios que, según la visión del autor, transformarían la Rusia futurista en una sociedad opresora y dictatorial. (Capanna, 2018)

El narrador de Zamiatin representa la mirada oficial del Estado, es decir, la de un ciudadano alienado que paulatinamente empezará a discrepar con los valores establecidos por el sistema rector. Manteniendo la crítica política en primer plano, un aspecto clave del género de ciencia ficción que la novela proyecta en el género utópico son los avances científicos que configuran el escenario de este relato. La tecnología existe en este futuro para reforzar el control y coaccionar la libertad de los habitantes de “una sociedad pulcra, ordenada, eficiente y planificada (controlada)” fruto de “algún tipo de fuerza modernizante, racionalizadora” (Link, 1994: 119)

**Principios del Estado Único: la ciencia, la maquinaria, la felicidad utópica**

Zamiatin llama a su mundo futurista Estado Único, un lugar perfectamente lógico, feliz, igualitario y justo, según el punto de vista del narrador, el ciudadano D-503. El precio que pagan los habitantes para vivir en este país comunal y libre de sufrimiento es alto a los ojos del lector —aunque en un principio quien nos narra la historia y describe ese universo no lo vea de la misma manera—. Todos visten uniformes que los igualan, anulando desde la apariencia la individualidad. El “yo” pierde relevancia en favor de un “nosotros”, de ahí el nombre de la obra. Por consiguiente, las personas no tienen nombre propio, ni se refieren a ellos mismo como personas, sino que son *números.* Desde su denominación -o falta de la misma- se comienza a entrever una deshumanización del hombre futuro, primero en favor de una igualdad entre los habitantes, luego, se verá en el desarrollo de la trama, en favor de la maquinaria que mantiene el Estado en funcionamiento: “Cada mañana, a la misma hora y en el mismo minuto —nosotros, los millones, nos levantamos como uno solo—. A la misma hora ‘uni-millonariamente’, comenzamos el trabajo y ‘uni-millonariamente’ lo terminamos”. (Zamiatin, 2018: 41).

El devenir del hombre en máquina también se hace presente en la alimentación de los humanos a base de petróleo, cual vehículo o generador eléctrico al que se debe cargar combustible. Reforzando esta noción, el cuerpo de los números presentan aspectos *cyborg*: las costillas de D-503 son “varas de hierro” y no de hueso, los rostros tienen formas geométricas, los maestros de escuela son completamente robots, y otras personas que , en realidad “no son gente, sino unos tractores-atropoides” (Zamiatin: 257)

Los números, en sí mismos parcialmente máquinas, existen en el Estado Único en tanto sistema taylorista[[1]](#footnote-2): “...se movían con ritmo y rapidez, las personas que abajo se inclinaban y enderezaban como palancasde una sola, enorme máquina. (...) Y eran todos en uno: los hombres perfectos, las máquinas humanizadas” y este hecho, para D-503, “era la más elevada, emocionante belleza” (Zamiatin:130-131). Así como ciudadano percibe la maquinización de la realidad social y del humano mismo se llega a la relación “tecnología es igual a felicidad”. Este estadío de (supuesta) felicidad universal es la base para que el Estado Único sea considerado por sus habitantes, en una primera instancia, como un lugar utópico.

Para este mundo protegido bajo una campana de cristal (otro despliegue tecnológico), la felicidad se logró cuando fueron vencidas las individualidades y los, llamémosles, sobrevivientes fueron convertidos en una molécula integrante un organismo superior, el Estado. Para llegar a este estado “utópico” la sociedad tuvo que atravesar un proceso que irónicamente redujo la población mundial a un 1.4% del total: la Guerra de los Doscientos Años, “la majestuosa fiesta de la victoria de todos sobre uno, de la suma sobre la unidad” (Zamiatin: 84).

La maquinaria lógica, regida por la matemática, habitada por números, no personas, es lo que garantiza un estado de felicidad perpetua. La utopía en *Nosotros*, entonces, se configura a partir de la relación: a mayor desarrollo científico, mayor felicidad. Dicho de otra manera, a mayor dominación de la lógica matemática y mecanizada sobre la vida del hombre, mayor felicidad. La incursión del género utópico en el de la ciencia ficción no es sólo para hacer un despliegue literario-estético de la ciencia, sino para reforzar el carácter pesadillesco de la deshumanización del hombre en su camino a la pura maquinización.

**Lo salvaje como oposición a la felicidad científica y razonada**

Uno de los primeros elementos del entorno utópico que describe el protagonista es el Muro Verde, detrás del cual se encuentran las “salvajes, invisibles llanuras” (31) de un mundo aún sin dominación científica o tecnológica. En su relato histórico del presente utópico, D-503 explica: “El hombre dejó de ser un salvaje sólo entonces, cuando erigió el Muro Verde, cuando con este muro hemos aislado, separado nuestro perfecto mundo de máquinas del mundo irrazonable, escandaloso de árboles, pájaros, animales…” (Zamiatin: 142).

El término *salvaje* es utilizado frecuentemente por el narrador en sus anotaciones, tanto para el espacio que existe por fuera de la protección de la gran campana de cristal —lugar del reino animal sobreviviente en este futuro—, como para adjetivar comportamientos propios del hombre previo a la creación al Estado Único, un hombre prehistórico, animalizado. En otras palabras, la lógica que impera en este mundo perfecto define lo antiguo como sinónimo de salvaje y lo rechaza, (Casado Díaz, 2008: 10), estableciéndolo como polo antagónico de la felicidad garantizada por la modernización tecnológica.

 La noción de lo salvaje, asimismo, se fusionará con una tercera significación: la libertad. D-503, voz fiel al régimen estatal, se cuestiona: “¿No es absurdo que el Estado Antiguo pudo dejar sin ningún control la vida sexual? Cualquiera, cuando y cuanto quisiera… de manera absolutamente anti-científica, como los animales. Y como animales, a lo ciego, parían a los hijos”. (Zamiatin: 43).

Es explícito que el precio de la felicidad y perfección utópicas ha sido haber resignado la libertad en el momento en que se erige el Muro. En *Nosotros*, según Casado Díaz, “la libertad, máximo exponente de la individualidad, es considerada negativamente, se trata de un valor ligado a un estado anterior del ser humano en el que dominaba el salvajismo y la barbarie”. (Casado Díaz, 2008: 3)

 Lo racional para el Estado es prescindir de la libertad para erradicar todo lo malo que trae aparejado. Los habitantes renuncian forzosamente a la libertad individual a cambio de la inexistencia de sufrimiento, de manera perpetua, para todos en conjunto:

“¿‘Liberación’? Es asombroso en la naturaleza humana cuán vivos siguen los instintos ‘criminales’. La libertad y el crimen están tan indisolublemente unidos entre ellos (...); si la libertad del hombre es = 0, este no comete delitos. Esto está claro. El único recurso para librar al hombre de los delitos es librarlo de la libertad” (71).

Siguiendo este planteo, el pájaro que vuela por fuera del Muro Verde se constituye como símbolo de la libertad animal, en contraposición a los humanos oprimidos en “las jaulas rítmicas de la felicidad tayloriana” (81).

Una vez instalada la correspondencia entre libertad y sufrimiento, como algo que atenta contra el bienestar de todos, el problema surge cuando la felicidad es dada por algo que el Estado Único tiene prohibido: el amor y el deseo que siente D-503 por I-330, la rebelde.

El protagonista, al principio de sus anotaciones, cree fervientemente que el salvajismo de los prehistóricos es algo absolutamente negativo, fuente de desdicha de las civilizaciones pasadas. A medida que avanza el relato, el constructor de la nave *Integral* va dejándose permear por dudas, por sentimientos encontrados y se bate dentro suyo una lucha entre el instinto salvaje-animal-sexual que despierta dentro suyo y la fría lógica que su oficio de matemático y el condicionamiento del Estado le han implantado. Esto también es un aspecto propio de los relatos de ciencia ficción. En estos escenarios “el régimen será de ausencia de emociones, de impersonalidad, de disciplina férrea (...). No más amor, no más belleza, no más dolor” (Link, 1994: 80)

En un primer momento, se auto reprime ciertos sentimientos, su apreciación de las mujeres, por ejemplo: “todas las mujeres (...) deben tener los labios dulces. Esto impide un poco pensar lógicamente” (31). El deseo sexual, relacionado con la parte salvaje-animal del ser humano —en oposición al lado racional, lógico y científico—, es una de las razones que inclinan a D-503 a objetar las imposiciones que existen en el Estado Único en pos de una felicidad garantizada que, se va a ir develando, no es tal.

De esta manera, a medida que avanza el relato, vemos como las correspondencias fijadas por el poder dominante, hombre salvaje/sufrimiento y hombre científico/felicidad, empiezan a desmoronarse.

La rebelión, la necesidad, la pulsión de salir del mundo de la campana de cristal mecánicamente perfecta, en donde las personas son engranajes de un sistema, se profundiza cuando D-503, sin quererlo, se ve directamente interpelado por los animales, por lo salvaje. Desde el interior del Muro del Estado Único, el constructor de INTEGRAL se cuestiona: “¿Puede suceder de pronto que este ser de ojos amarillos, dentro de su absurdo, sucio montón de hojas, dentro de su incomputable vida, se sintiera más feliz que nosotros?” (Zamiatin: 142). En este sentido, en su reseña de *Nosotros,* George Orwell señalaque la novela es el relato de “the rebellion of the primitive human spirit against a rationalised, mechanised, painless world”. (Orwell, 1946).

Este progresivo pasaje del protagonista hacia el mundo animal detrás del muro y a los sentimientos “salvajes” luego se convertirá en un tropo del género: “la autorrealización y el autodesarrollo no han de encontrarse en las vinculaciones sociales, sino el la fuga, en el escape; [es] el camino que toma el Salvaje[[2]](#footnote-3) (...), o miles de héroes de ciencia ficción, corriendo hacia el desierto para escapar de la máquina, de la ciudad, del sistema”. (Link, 1994: 120)

 De esta manera, el régimen del Estado Único, para garantizar felicidad comunal, en detrimento de la felicidad del individuo, no reprime meramente la libertad sino que puntualmente suprime el aspecto animal intrínseco de los hombres, y con ello la intuición y la emotividad de todo habitante del mundo bajo el cristal. La libertad es un atributo animal, por ende, la erradicación es en conjunto. Con esta abolición forzada de la naturaleza humana, la utopía cruza la frontera hacia el futuro distópico.

**Los mecanismos de control**

A pesar de los valores que el perfecto Estado Único promulga y que D-503 defiende, el bien común, en lugar del propio, no es necesariamente un objetivo que persigan todos los números de forma voluntaria: el Estado necesita de diversos mecanismos de control que escalan en su intensidad de violencia para, insólitamente, mantener la felicidad del mundo.

En primer lugar, La Tabla de Leyes se postula como “el corazón y el pulso del Estado Único” (41). Todos los componentes viven para el Estado: no dormir es delito, estar enfermo y no poder trabajar se considera “robarle trabajo al Estado”. Se les permite tener “horas personales”, pero monitoreadas, los encuentros sexuales están regulados burocráticamente, y las elecciones son una farsa arreglada.

Además, los seres de este mundo viven en constante vigilancia, lo cual configura una contradicción conceptual en sí misma. Si los principios que rigen el Estado fueran buenos en sí mismos, no habría necesidad de forzar a las personas a cumplirlos. Sin embargo, todas las viviendas tienen paredes transparentes para que todos se comporten sabiendo que son observados constantemente. No existe la privacidad y, aún así, para reforzar el control hay Guardianes del Estado infiltrados entre los ciudadanos que solucionan cualquier acto de indisciplina que sea contrario a Estado y al Benefactor. Aunque dichos actos en teoría no deberían existir, la mayoría de los habitantes cree que “es agradable sentir una mirada vigilante que nos cuida amorosamente de no cometer un error, de no hacer un paso en falso…” (110). En un principio, el protagonista tiene “la conciencia de que existe una dicotomía entre la felicidad y la libertad, y que el ser humano, en un momento anterior al presente narrativo, ha optado por la felicidad. De tal manera que el hecho de optar por ser *esclavos, pero felices*, es entendido en términos miltonianos, como un paraíso recobrado.” (Casado Díaz: 9)

 Los métodos de coerción van *in crescendo* en cuanto a violencia se refiere hasta llegar a la Máquina del Benefactor. A pesar del control prácticamente absoluto que el Estado detenta para convencer a sus habitantes de que mantener el status quo es la mejor solución, tiene medios para lidiar con los números que no sean fieles al Estado: son ejecutados en espectáculos multitudinarios, cumpliendo una última utilidad como pieza mecánica de un todo superior. “La ironía última y más cuestionable” —afirma Raymond Williams, citado por Daniel Link— es que “la primera palabra del lema de este sistema represivo, dominador, controlador es *Comunidad”* (Link, 1994:120).

Finalmente, ante la inminente revolución conducida por los mefis, será necesaria una operación obligatoria para extirpar la glándula cerebral de los individuos que tengan pensamientos detractores. Un recurso drástico y definitivo cuyos pasos seguirá la policía del pensamiento orwelliana.

**The Truman show: el engaño**

Cuando D-503 se encuentra con los mefis, creyendo que el mundo como lo conoce se ha acabado, I-330 lo tranquiliza: “sólo estamos del otro lado del Muro Verde”. El Muro separa la civilización racional sin libertad de la selva verde, el mundo de los antiguos, el mundo prehistórico. El universo del que D- 503 tiene noción es una superficie encerrada bajo una campana de cristal, una jaula de vidrio que lo aísla del mundo real exterior. El Muro no anula esa realidad, meramente crea un lugar ficticio, separado del mundo animalizado, donde la máquina estatal del Benefactor puede funcionar.

La ciudad alberga numerosos disidentes escondidos que se van visibilizando a lo largo de la trama: el narrador al hacer sus viajes a la Casa Antigua y falsificar encuentros con I-330, O-90 al embarazarse, la sociedad secreta de los mefis al planear la revuelta, todos ellos forman parte de la simulación de estar conformes y de acuerdo con las reglas de la sociedad en la que viven. En el escenario apocalíptico, muchos más irrumpen la realidad saliendo literalmente a la luz, se atreven a tener sexo sin bajar las persianas, a la vista de todos, como un gesto último de rebeldía contra el mismísimo Estado.

 En definitiva, la utopía del Benefactor no es tal, sino que se revela como un discurso opresor que mantiene controlados e inactivos los pensamientos y sentimientos opositores, ya sea valiéndose de los medios de comunicación, la educación, las operaciones cerebrales o la desintegración de la materia humana en forma de ejecución pública, lo que haga falta. En momentos de la revuelta revolucionaria, el narrador se pregunta: “¿Es posible que hayan caído los muros salvadores, seculares del Estado Único?”. Esta forma de pensar los muros es una clara sugestión de los mecanismos de control del Estado, que a lo largo del relato triunfa en hacer creer a D-503 la ficción de que todo número que no siga sus leyes es un “enemigo de la felicidad”.

Resulta curioso que, en lugar de avanzar sobre las zonas verdes, salvajes, que se encuentran detrás del Muro, el Estado esté decidido a colonizar el cosmos y llevar su fórmula de la felicidad a otras civilizaciones con los viajes espaciales de la nave Integral. Tal vez sea un indicio de que no hay una manera concreta de esparcir el engaño utópico a la Tierra en su totalidad debido a la resistencia de la naturaleza salvaje.

**Conclusión**

La animalidad es despreciada como una característica inferior desde el punto de vista de los creadores y partidarios del mundo científico del Estado Único, la prisión tayloriana de los felices. Esto sucede porque lo animal, lo salvaje, es visto como sinónimo de la libertad que se intenta mantener sofocada. El problema en estos escenarios es que, por más restringida en la racionalidad y en la matemática que se pretenda un disposición social, siempre el humano encontrará la forma de conectar con ese lado salvaje que nos caracteriza por animales que somos, ese instinto a la libertad, que no debe ser tomado por atavismo, ni como opuesto a la lógica o al progreso científico. La dicotomía “pasado de sufrimiento” contra un “futuro feliz” que plantea la lógica de la utopía se rompe al intentar eliminar la animalidad inherente a la especie humana. No es casual que el protagonista de esta historia, que poco a poco se siente más inclinado hacia su costado salvaje, tenga manos de simio.

La dictadura del Estado Único falla en pretender uno de los dos extremos cuando el ser humano es una simbiosis de ambos, y al querer cercenar ese costado natural, reprimirlo, producirá inevitablemente una implosión de la masa, un estallido de disidencia en los engranajes de cualquier maquinaria que esté conformada por hombres. Cuando esto ocurre, el poder tortura, mata, violenta los cuerpos, mutila los cerebros, el pensamiento. Llevan al humano todavía más cerca de la máquina, pero de forma antinatural, forzada. El alejamiento de los instintos naturales del hombre a fuerza de prisión psicológica y lobotomías futuristas, es lo que convierte este paraíso de cristal, lleno de luz y claridad lógica, en una distopía mecánicamente inane, robotizada pero muerta. La felicidad comunal de “nosotros” fabricada a cualquier precio se transforma en la muerte misma del alma.

Bibliografía:

Capanna, Pablo (2018). Prólogo a la edición de *Nosotros* de Miluno editorial.

Casado Díaz, Oscar (2008). “La función de la literatura en las novelas utópicas: de la amenaza a la disidencia”. Revista electrónica de estudios filológicos, número 15, junio 2008. Disponible en:

 <http://www.um.es/tonosdigital/znum15/secciones/estudios-7-Novelas%20utopicas.htm>

Link, Daniel (ed.) (1994). Escalera al cielo: utopía y ciencia ficción. Buenos Aires: La marca editora.

Orwell, George (1946). “Review of We by E. I. Zamiatin”. Disponible en:

http://orwell.ru/library/reviews/zamiatin/english/e\_zamy

Zamiatin, Evgueni (2018). *Nosotros.* Buenos Aires, Miluno Editorial.

1. Frederick Winslow Taylor fue un ingeniero Industrial y economista estadounidense, promotor de la organización científica del trabajo y es considerado el padre de la Administración Científica. [↑](#footnote-ref-2)
2. Personaje protagonista de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, heredero del D-503 de Zamiatin. [↑](#footnote-ref-3)